

Vol. 1, Nº 2, 2021



# **EL DESVÁN DE ESCULAPIO. REVISTA DE ASEMEYA**

**ASOCIACION ESPAÑOLA DE MEDICOS ESCRITORES Y ARTISTAS**

# EL DESVÁN DE ESCULAPIO. REVISTA DE ASEMEYA

## Editorial 3

Algunos epónimos en las epidermolisis ampollosas hereditarias.  
RM Díaz Díaz y M. Martín de Santaolalla y Llanes **4-11**

El padre Opeka y yo. Andrés Montesanto **12-15**

Literatura médica de ficción. De Cajal a Gimeno, pasando por  
Cuba. Jesús Antonio Rueda Cuenca **16-23**

Cuatro apuntes pictóricos poéticos venecianos. Carmen  
Fernández Jacob **24-28**

Un nuevo escrito del dios Jano a los médicos de Asemeya.  
Alfonso Encinas **29-33**

La tuberculosis y la ópera. Pedro Gargantilla **34-36**

Reseñas bibliográficas. Alberto Infante **37-40**



Director:

Pedro Gargantilla

Equipo de redacción:

Rosa María Díaz Díaz

Carmen Fernández  
Jacob

Alberto Infante

Olga Marqués Serrano

Fernando A Navarro

Ángel Rodríguez  
Cabezas

María Saínz

<https://asemeya.com>

Pedro Gargantilla

El desván de  
Esculapio. Revista  
de ASEMEYA

Vol. 1, Nº 2, 2021,  
pág. 3

## Editorial

La palabra epónimo procede del vocablo griego *epi*, que significa sobre, y *onomos*, nombre. Los epónimos son una forma de homenajear, en el campo de la medicina, la labor de un profesional. La eponimia es una costumbre que encontramos en épocas arcaicas, en la Atenas clásica, por ejemplo, los años llevaban el nombre del arconte. En este número Díaz y Martín de Santaolalla revisan algunos de los epónimos de las epidermólisis ampollosas hereditarias.

El padre Opeka y la comunidad de Akamosa de Madagascar son un símbolo de compromiso y lucha contra la marginación, la injusticia y la pobreza. Montesanto nos relata su encuentro con este sacerdote argentino, propuesto para el Premio Nobel de la Paz.

Rueda Cuenca nos ofrece un análisis exhaustivo de la literatura médica de ficción y Fernández Jacob nos deleita con un artículo poético-artístico que hará que hasta los lugares más recónditos de nuestro cerebro lleguen aromas venecianos.

Encinas nos deleita con un afilado análisis del elenco de profesionales que desfilaron por las páginas de la desaparecida “Jano: medicina y humanidades”.

Finalizamos este número con un sucinto análisis de dos óperas y su relación con la tuberculosis.

Aprovecho nuevamente la ocasión para invitaros a participar en esta revista, que es de todos, enviándonos originales de calidad y a que la difundáis entre *asociad@s*, *amig@s* y *conocid@s*.

Feliz Verano.

ALGUNOS  
EPONIMOS EN LAS  
EPIDERMOLISIS  
AMPOLLOSAS  
HEREDITARIAS

RM Díaz Díaz y M.  
Martín de Santaolalla y  
Llanes

Servicio Dermatología.  
Hospital Universitario  
Infanta Sofía

El desván de  
Esculapio. Revista de  
ASEMEYA

Vol. 1, Nº 2, 2021,  
págs. 4-11

## INTRODUCCIÓN

El término epónimo hace referencia a un nombre de una persona o de un lugar que designa un pueblo, una época, una enfermedad, una unidad, etc.

En Medicina es un nombre propio con el que se denomina una enfermedad, un síndrome, un signo, una técnica quirúrgica o un dispositivo.

Puede referirse al médico que lo describió, al nombre del primer paciente, al lugar geográfico donde apareció, al autor del libro donde aparece una descripción similar o a los personajes.

Existen autores a favor de mantener los epónimos médicos (1) pero dicha propuesta no es compartida por otros.

Con el nombre de epidermólisis ampollosas hereditarias (EA) designamos a un grupo heterogéneo de patologías hereditarias caracterizadas por una marcada fragilidad de la piel y las mucosas, que desencadena la formación de ampollas y úlceras en respuesta a traumatismos menores.

Clásicamente estas enfermedades han estado asociadas a distintos epónimos relacionados generalmente con las personas que las describieron.

Los estudios con microscopía electrónica realizados por Pearson de 1962 supusieron un avance muy importante en la clasificación de estas enfermedades. A partir de su publicación se van sucediendo nuevos avances que han llevado a una última clasificación publicada en 2014 (2), en la que puede apreciarse los hallazgos a nivel molecular relacionados con las distintas entidades. Los mismos autores que trabajaron para realizar la última clasificación, proponen sustituir las antiguas denominaciones con epónimos por otras con un mayor contenido clínico que resulten más fácil de asimilar para cualquier médico.

## OBJETIVO

El objetivo de nuestro trabajo es el de aportar unas pinceladas sobre la vida de las personas que estaban detrás de algunos epónimos relacionados con las epidermólisis ampollosas hereditarias a modo de pequeño homenaje a su trabajo.

## MATERIAL Y MÉTODOS

El material se obtuvo de una revisión bibliográfica sobre el tema.

## RESULTADOS

Hemos encontrados resultados relacionados con: Weber, Cockayne, Touraune, Dowling, Meara, Hallopeau y Siemens.

## DISCUSION

Aunque se atribuye a Hebra la primera descripción sobre las EA, la primera entidad descrita fue la epidermolisis ampollosa simple tipo Koebner publicada por este autor en 1886 (3).

Posteriormente apareció la epidermolisis ampollosa simple localizada o de Weber-Cockayne descrita por estos autores alrededor de los años 30-40 del siglo XX.

### **FREDERICK PARKES WEBER (1863-1962)**

Dermatólogo inglés, hijo de un médico de la reina Victoria. Estudió en la universidad de Cambridge y posteriormente en Viena y en París. Su vida laboral está asociada al hospital de San Bartolomé de Londres.

Fue un autor prolífico, con más de 1200 artículos y 23 libros. Su afición fue la numismática poseyendo una colección muy importante (4).

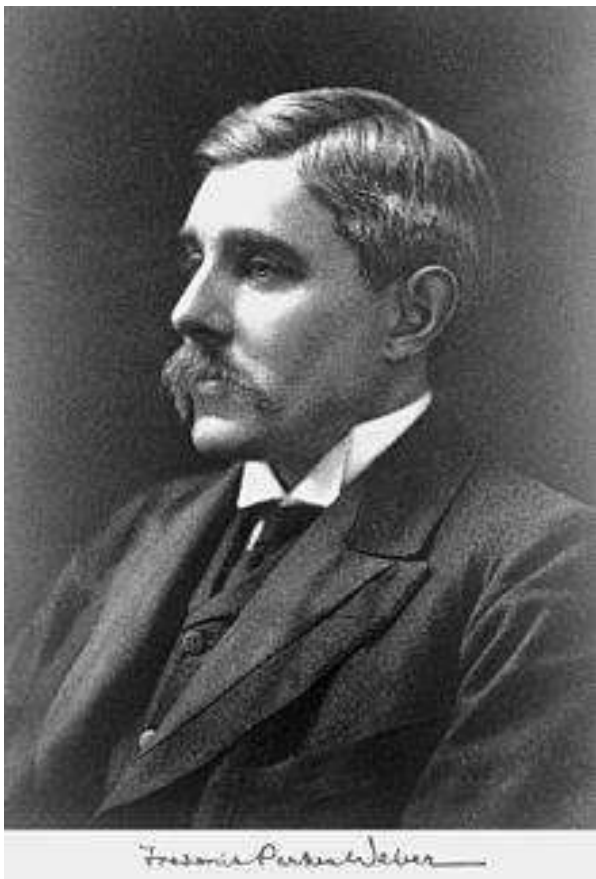


Fig. 1. Frederick Parkes Weber (1863-1962)

### **EDWARD ALFRED COCKAYNE (1880-1956)**

Inglés. Estudió en Oxford. Trabajó también el H. de San Bartolomé pero estuvo más vinculado al hospital pediátrico de Great Ormond. Interesado por la endocrinología infantil, fue pionero en el estudio de las genodermatosis, publicando un libro sobre dicho tema en 1933.

Hombre con un carácter “poco previsible”, mal carácter, tenía muchos conocidos pero poco amigos. Gran aficionado a la entomología (5).

También describió la epidermolisis distrófica dominante generalizada conocida como Cockayne-Touraine.



Fig. 2. Edward Alfred Cockayne (1880-1956)

### **ALBERT TOURAINE (1883-1961)**

Nacido en París. Tras la Primera Guerra Mundial, trabajó en los hospitales de Broca y de la Charité de París. Condecorado con la Legión de Honor, fue presidente de la Sociedad Francesa de Dermatología y de la Sociedad Francesa de Genética. Erudito, trabajador, con buen carácter, muy querido por sus compañeros (6).

La epidermolisis simple generalizada severa fue descrita por Dowling y Meara en 1954.



Fig. 3. Albert Touraine (1883-1861)

### **GEOFFRY BARROW DOWLING (1891-1976)**

Ingles. Hijo de un organista de la catedral de Cape Town. Trabajó en los hospitales de San Tomas y de Guy, ambos apoyados por el mismo mecenas.

Buen clínico. Se atenía a los hechos, siendo poco amigo de las especulaciones. Interesado en múltiples campos: la fotobiología, la dermatopatología y el eczema de contacto. Fue un impulsor del resurgimiento de la Dermatología en Gran Bretaña. Buen cocinero y aficionado automovilístico (7).

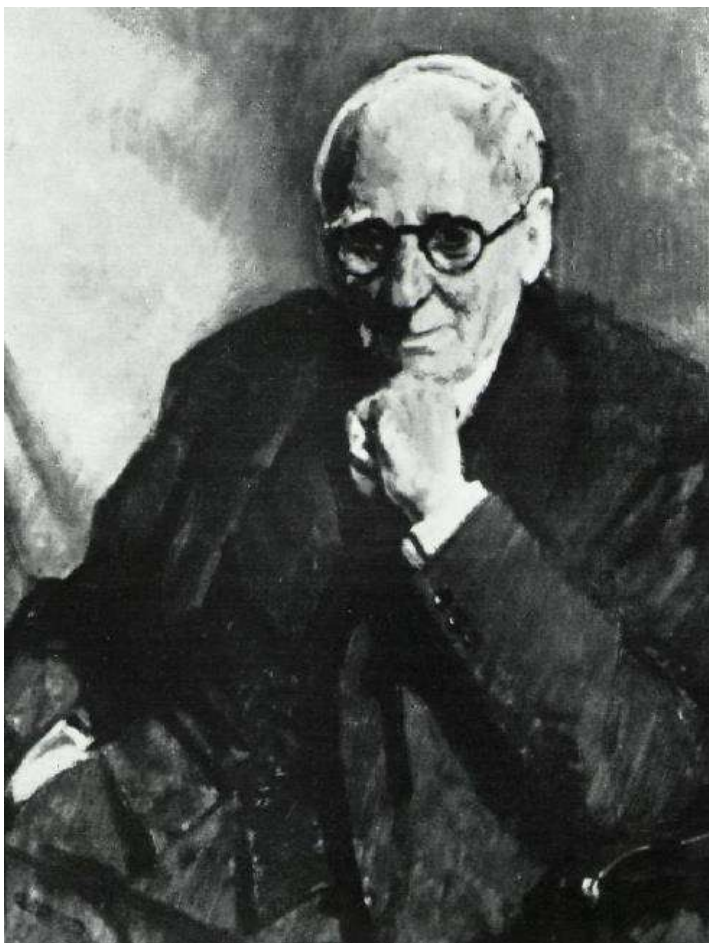


Fig. 4. Geoffrey Barrow Dowling (1891-1976)



**ROBERT MEARA (1917-1999)**

Galés. Trabajó en el hospital de Saint John dedicado a las enfermedades cutáneas. Murió a consecuencia de una leucemia. Humanista, interesado por la historia, pintura, música, arqueología griega y bizantina (8).

A finales del siglo XIX comienza a describirse una nueva entidad, la EA distrófica recesiva generalizada severa o de Hallopeau-Siemens.



Fig. 5. Robert H. Meara (1917-1999)

### **FRANÇOIS HENRI HALLOPEAU (1842-1919)**

Médico francés. Dedicado inicialmente a la Neurología y posteriormente a la Dermatología. Fue co-fundador de la Sociedad Francesa de Dermatología. Trabajó en el hospital de Saint Louis. Oficial de la Legión de Honor francesa.

Merecería por él mismo un trabajo monográfico ya que describió múltiples entidades como la acrodermatitis continua, la tricotilomanía, la eritrodermia como manifestación de un linfoma (el famoso hombre rojo de Hallopeau), el pénfigo vegetante o el liquen escleroso y atrófico (9).

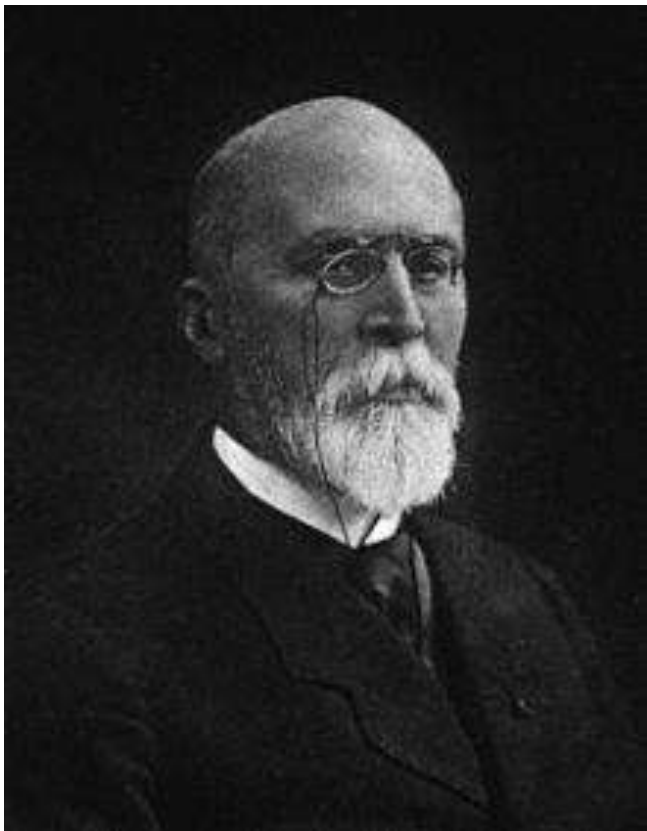


Fig. 6. François Henri Hallopeau (1842-1919)

## HERMANN WERNER SIEMENS (1891-1969)

De origen alemán, estudió en las universidades de Berlín y Munich. Pionero del estudio de las enfermedades en gemelos. Simpatizante inicial de las teorías nazis que proponían como ideal la “pureza racial”, posteriormente se opuso a la ocupación alemana, motivo por el que fue destituido de su cátedra en la Universidad de Leyden (Holanda) (10).



Fig. 7. Hermann Werner Siemens (1891-1969)

## BIBLIOGRAFÍA

1. Withworth JA. Should eponyms be abandoned? No. *BMJ* 2007, 335: 425.
2. Fine JD, Bruckner-Tuderman L, Eady RA et al. Inherited epidermolysis bullosa: updated recommendations on diagnosis and classification. *J Am Acad Dermatol* 2014; 70: 1103-1126.
3. Koebner H. Hereditäre anlage zur blasenbildung (epidermolysis bullosa hereditaria). *Dtsch med Wochenschr* 1886; 12: 21- 2.
4. Hall LA. A “remarkable collection “: the papers of Frederick Parkes Weber FRCP (1863-1962). *Med Hist.* 2001; 45. 523-532.
5. No authors listed. E.A. Cockayne, Obituary. *Br Med J* 1956 Dec 8; 2 (5005): 1370.
6. Ronchese F. Albert Touraine, 1883-1961. *Arch Dermatol.* 1962; 85:285-6.
7. No authors listed. Geoffry Barrow Dowling. *Lancet.*1976; 1: 1359-60.
8. Calnan CD. Robert H Meara. Consulta en Google: dirección: <http://www.bad.org.uk/librarymedia%5Cdocuments%5CDr%20Robert%20H%20Meara.pdf>
9. Tilles G, Wallach D. François Henri Hallopeau (1842-1919). *Ann Dermatol veneréal* 2001; 128: 1379.
10. Braun-Falco O. Hermann Werner Siemens (1891-1969) in memoriam. *Munch Med Wocheschr.* 1970; 112: 1213-4.

Cuando visité con mi esposa Madagascar, tenía la curiosidad de conocer a un paisano mío que estaba realizando una obra impresionante, según me comentaron. El sacerdote Pedro Opeka. El Padre Pedro.

En Antananarivo le pregunté al chófer que nos vino a buscar si conocía a un cura argentino. "El Padre Pedro" me contestó antes de terminar la frase. Después de Messi (otro paisano) lo conocen tanto como al Papa (otro más de Argentina). Ya me había informado que iba a ser difícil encontrarlo porque nunca se queda quieto, pero lo intentamos.

Cuando pasamos junto a una enorme basurero, el conductor me señaló una población a lo lejos. "Aquello es lo del padre Pedro, Akamasoa" (significa "Buenos amigos"). El lugar más abandonado de Madagascar, uno de los países más pobres del mundo, pero pobre, pobre. Hasta ese lugar había llegado Pedro Opeka. Y cuando vio que los más pobres del mundo se odiaban entre ellos y se peleaban por un pedazo de pan, se quedó.

Llegamos a la recepción y una celosa colaboradora nos informó que no estaba, así que cuando, resignados, íbamos a darnos la vuelta, apareció.

Para un ateo converso como yo, la imagen que conservo se superpone a esos santos que se exhiben en los altares de las iglesias. Pero éste se movía, y estaba rodeado de niños sonrientes que se abrazaban a sus piernas. Al escuchar nuestro acento nos invitó a sentarnos y charlar un rato. Cada tanto interrumpía la conversación para sacar una enorme llavero, seleccionar una llave y entregársela a una de sus colaboradoras, todas mujeres. Unos minutos después se la daban y la volvía a colocar en su sitio. Recordé que San Pedro tenía las llaves del cielo, debían ser esas.

## EL PADRE OPEKA Y YO

Andrés Montesanto

El desván de  
Esculapio. Revista de  
ASEMEYA

Vol. 1, Nº 2, 2021,  
págs. 12-15

Preguntándonos, fuimos comparando nuestras historias. Mientras yo estaba empeñado en nacer, en enero de 1948, sus padres (ella embarazada) llegaron a Argentina provenientes de Eslovenia, escapando del régimen de Tito. Los míos habían llegado antes huyendo de Mussolini. Nació unos meses después que yo, él en Ramos Mejía, y yo en Liniers, a escasos kilómetros. Ayudó a su padre albañil y aprendió el oficio. Yo ayudé a mi hermano mecánico y fui a la universidad para no meter más las manos en un motor engrasado. Él jugó al fútbol en la tercera división de Vélez Sarsfield, yo en el potrero frente a mi casa con mucha menos habilidad. Pero seguramente lo vi jugar cuando faltaba un profe del Nacional 13 y nos colábamos en la cancha de Vélez, que estaba a la vuelta. A los 17 años se fue a la provincia de Neuquén a construir una casa para una familia mapuche, en la misma localidad, Junín de los Andes, donde nació uno de mis hijos una década después. Yo me incliné por viajar en auto stop e intentar conocer el mundo. Él siguió la carrera religiosa y yo la de medicina.

En 1975 se ordenó sacerdote y emigró a Madagascar, yo terminé el máster en Salud Pública y me fui a la Patagonia. Formé una familia, tuve cinco hijos, y construí mi casa. Y de viejo, construí algunas esculturas de hormigón. Él no se distrajo y siguió su vocación. Formó una familia de decenas de miles de personas, tuvo miles de hijos y construyó una ciudad de treinta mil habitantes. Utilizó mejor el hormigón. Yo mandé mis hijos a la universidad, él construyó una, junto con escuelas e institutos. Yo, que personalmente me siento satisfecho de lo que he logrado en mi vida, a lado de él me sentí una hormiguita. Pero de las negras argentinas, que son un pelín más robustas.

A los pocos minutos de charlar me dijo: *“Si yo soy Pedro y vos Andrés, entonces sos mi hermano”*. Y me dí cuenta que estaba charlando con mi hermano mayor, aunque hubiera nacido unos meses después. Hablamos de las injusticias, de la pobreza de África, de cómo los hombres habían perdido hasta la dignidad, porque se dejaban mantener por sus mujeres, cosa que para unos hijos de inmigrantes como nosotros era absolutamente inaceptable.

Me mostró los carteles que se exhibían sobre las entradas a los comedores y oficinas: *“El que no trabaja, no come”*. *“El pan hay que ganarlo”* insistía, *“no se puede regalar. Si lo regalás, estás criando vagos”*. Hablamos de las políticas de subsidios, o de los subsidios políticos, para comprar votos que eternicen a los gobernantes que los conceden, creando una masa de vagos. Hablamos de Argentina. Cuando él la dejó, en el 75, todavía era un país rico. Yo la dejé en el 89, descorazonado. *“Si fuera hoy —reflexionó— no me hubiera ido. Con la pobreza que hay hoy, me hubiera quedado en mi país”*.

Hablamos de fútbol. Lo utiliza para acercarse a los jóvenes. Con un balón de fútbol logró que los que antes se peleaban entre sí, formaran un equipo y corrieran juntos detrás de la pelota, y le metieran un montón de goles a la pobreza y al odio. El equipo de la vida, cuyo logo era la sonrisa que vi en esa tropa de niños malgaches que corrían por todos lados. Todos los domingos, después de la misa, se juega un partido con ellos, y me juró que mete goles desde más de 25 metros. Si a mí hoy me ponen un balón delante pregunto para qué sirve. De Messi, que lo invitó a su casa. Un buen tipo, cariñoso. Pero con tantas cosas en la cabeza, que quizás no se da cuenta que podría hacer muchísimo por este futbolista del equipo de Dios, o como se llame.

Unos ingenieros franceses estaban montando instalaciones de energía solar, así que nos invitó a compartir la mesa con ellos. Me senté a su lado, y en ese momento tuve la visión de ser unos de esos figurantes de los cuadros religiosos del renacimiento. Yo estaba junto al Santo, compartiendo su pan.

Coincidimos en el vuelo de vuelta a París. Yo volvía a mi casa, con mi familia, a ordenar las fotos y comentar lo maravilloso que es Madagascar. A él lo esperaba una semana llena de entrevistas en diversos medios, que lo ayudarían a conseguir fondos para seguir con su colosal obra. Estábamos en la cola para facturar cuando ingresó a la sala. Muchas caras se dieron vuelta y sonrieron. Todos los pasajeros tuvimos la sensación que volaríamos más seguros con el Padre Pedro entre nosotros. Lo vi hablando con un acompañante y no quise interrumpirlo. Fue él el que se acercó a mostrarme unas fotos en el móvil.

—*¿Estuviste en la misa del domingo?*

Avergonzado de mi ateísmo, inventé una excusa para no reconocer que había echado el día viendo lemures y comprando artesanías. Miré las fotos. Él no podía dar misa en una iglesia. La daba en una enorme cantera de donde había rescatado a tantos niños picapedreros. Las fotos mostraban una inmensa Bombonera en un clásico Boca-River. No cabía un alfiler. Y en el centro, el Padre Pedro oficiando.

Durante el vuelo medité por ese regalo de la vida que fue conocer a este revolucionario. Porque prefiero mil veces la revolución del Padre Pedro que la del Che Guevara, otro paisano. Pedro derrama amor, dignifica a sus semejantes, une a las personas. Construye, es un albañil de Dios, como él dice. El Che basaba su lucha en el enfrentamiento de las personas, en el resentimiento y el odio hacia otros, a los que quería fusilar. Los dos quisieron combatir a la pobreza y la desigualdad. Uno con la metralleta y el otro con un balón de fútbol.

¡Qué grande, Pedro! ¡Qué lujo haberte abrazado!

El Padre Pedro Opeka es candidato al Premio Nobel de la Paz 2021.

No es el único, pero seguramente el más notorio. Hay miles de misioneros dispersos por todo el mundo, como el español Vicente Ferrer. La religión es para ellos una excusa para llegar. Después la superan, y se entregan con toda el alma. Yo trabajé con unas misioneras españolas en la Patagonia. Y me llamó la atención la alegría con la que hacían su trabajo. Siempre estaban sonriendo, dispuestas a lo que hiciera falta. No se quejaban nunca. Uno solo de estos misioneros hace más que toda una burocrática ONG.

LITERATURA  
MEDICA DE  
FICCION. DE  
CAJAL A GIMENO,  
PASANDO POR  
CUBA

Jesús Antonio Rueda  
Cuenca

El desván de  
Esculapio. Revista de  
ASEMEYA

Vol. 1, Nº 2, 2021,  
págs. 16-23

Los escritos no médicos, no científicos, de D. Santiago Ramón y Cajal (Fig. 1) fueron suficientemente abundantes e importantes como para que en 1905, antes de la llegada del Premio Nobel, la Real Academia Española le ofreciera ocupar el sillón de la letra I mayúscula, vacante tras el fallecimiento de Juan Valera; su candidatura fue presentada por Francisco Silvela, José Echegaray y Mariano Catalina; sabido es que más tarde renunció a dicha elección, y que aunque la Junta de la Academia se negara a aceptarla, ciertamente, Cajal nunca llegó a leer su discurso de ingreso en la docta institución.

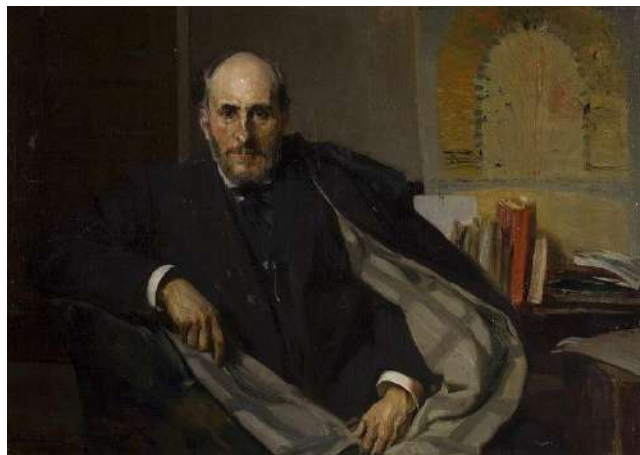


Fig. 1. Ramón y Cajal. Joaquin Sorolla

Amalio Gimeno Cabañas, conde de Gimeno (Fig. 2), es otro de los grandes personajes de la Medicina española de finales del siglo XIX y principios del XX, cuya trascendencia, innegable, ha quedado ensombrecida por la radiante luminosidad de Ramón y Cajal; este ilustre catedrático, que lo fue de Santiago, Valladolid, Valencia y Madrid, supo compaginar la tarea docente con una intensa actividad política, que le llevó a ocupar diversos cargos, incluidas carteras ministeriales (Instrucción Pública, Marina, Estado, Gobernación, Fomento) durante el reinado de Alfonso XIII; el 5 de junio de 1927 ocupó el sillón C mayúscula de la Real Academia Española, con un discurso sobre La metáfora y el símil en la literatura científica, que fue contestado por el académico Manuel de Sandoval; al igual que otros tantos su producción literaria escapó de los ajustados márgenes de la ciencia y se aventuró en el terreno de lo irreal.





Fig. 2. Amalio Gimeno. Joaquín Sorolla

Pocos conceptos han sido tan utilizados y tan mal comprendidos como el de romanticismo; la palabra romántico engloba un espacio que abarca tanto amoríos apasionados como lúgubres escenas de suicidios despechados, lances de honor, etc.; y no son pocos los autores que afirman la conocida insuficiencia del lenguaje del romanticismo, llevaba a menudo a los autores a buscar otras formas de expresión prestadas de otras ciencias, artes y disciplinas del saber; de ellas, obviamente, no podían quedar excluida la biología o la medicina.

Aunque existe general consenso en admitir que el movimiento romántico, tan pujante en Francia, llegó a España con un cierto retraso y soslayando su influencia sobre la literatura en genérico, se considera fuera de toda duda que las obras de Jules Verne hicieron no poca mella en numerosos médicos dados también a la creación literaria; la fantasía desbordada por el incomparable novelista francés, impulsó a numerosos científicos a aventurarse en el campo de la literatura de ficción médica. La popularidad de Verne comenzó en España hacia 1868, cuando la editorial Gaspar y Roig puso en el mercado espléndidas traducciones de sus novelas, si bien algunas ya habían comenzado a aparecer en la prensa española del momento con *Cinco Semanas en Globo*, en 1867.

Sin duda, uno de los primeros en reconocer esta influencia fue Ramón y Cajal; D. Santiago cultivó diversos géneros literarios, como el cuento, la novela corta, la narrativa, la autobiografía, y también el relato de ficción científico, a veces bajo el pseudónimo de “Doctor Bacteria” y que él mismo etiquetaba de “temeridades filosófico-científicas” o “críticas jocosas”; no ha faltado quien etiquetase su prosa de cursi o trasnochada; pero téngase en cuenta que Cajal nunca quiso ser literato, sino que con sus escritos no técnicos trataba solamente de inculcar espíritu científico, desterrar prejuicios y supersticiones entre sus conciudadanos; no son novelas de acción, la narración es mero vehículo de exposición de ideas que traslucen una tesis determinada, siempre bajo una óptica optimista.

En semejante sentido, Amalio Gimeno no le fue a la zaga en cuanto a producción literaria, si bien más centrada en periódicos y revistas que en libros propiamente dichos, y entre estos, pocos estaban alejados de la medicina o la sanidad (uno de ellos, titulado “El factor naval de España en el problema Mediterráneo” lo escribió en su etapa de ministro de Marina); siendo este apenas dos años mayor que aquel, ambos sabios coincidieron largamente en lo profesional y en otras facetas distintas, lo cual vino, en ocasiones, a generar ligeros conatos de hostilidad y recelo entre ellos, pronto esclarecidos y superados; pero hay entre ellos un curioso punto de coincidencia, que nos proponemos detallar en el presente artículo.

En sus memorias, nos menciona Cajal la *“Mayor influencia todavía ejercieron en mis gustos las novelas científicas de Julio Verne, muy en boga por entonces. Fue tanta que, a imitación de las obras **De la tierra a la luna, Cinco semanas en globo, La vuelta al mundo en ochenta días**, etc., escribí voluminosa novela biológica, de carácter didáctico, en que se narraban la dramáticas peripecias de cierto viajero que, arribado, no se sabe cómo, al planeta Júpiter, topaba con animales monstruosos, diez mil veces mayores que el hombre, aunque de estructura esencialmente idéntica. En parangón con aquellos colosos de la vida, nuestro explorador tenía la talla de un microbio: era por tanto, invisible. Armado de toda suerte de aparatos científicos, el intrépido protagonista inauguraba su exploración colándose por una glándula cutánea; invadía después la sangre; navegaba sobre un glóbulo rojo; presenciaba las épicas luchas entre leucocitos y parásitos; asistía a las admirables funciones, visual, acústica, muscular, etc., y en fin, arribado al cerebro, sorprendía –¡ahí es nada!– el secreto del pensamiento y del impulso voluntario. Numerosos dibujos en color, tomados y arreglados –claro es– de las obras históricas de la época (Henle, van Kempen, Kölliker, Frey, etc.), ilustraban el texto y mostraban al vivo, las conmovedoras peripecias del protagonista, el cual amenazado más de una vez por los viscosos tentáculos de un leucocito o de un corpúsculo vibrátil, librábase el peligro merced a ingeniosos ardides. Siento haber perdido este librito, porque acaso hubiese podido convertirse, a la luz de las nuevas revelaciones de la historia y bacteriología, en obra de amena vulgarización científica. Extravióse sin duda durante mis viajes de médico militar”*.

Se suele afirmar, como hace Muñoz- Chápuli, que este relato, titulado “El Viajero de Júpiter” fue escrito entre 1871 y 1873, en el periodo en que Cajal cursaba en Zaragoza los estudios de Medicina, que no fue publicado nunca y que se perdió mientras servía como médico militar en la guerra de Cuba.

No tenemos constancia de que este opúsculo cajaliano fuera conocido por otros autores; sin embargo, es de señalar que no fue el único que penetró ficticiamente en el terreno del interior del cuerpo humano; tal vez los dos mejores exponentes de este tipo de literatura de ficción médica, además del mencionado, pudieran ser el “*Cerebrópolis, ensayo humorístico de dinámica cerebral*” (Fig. 3) y “*Un habitante de la sangre. Aventuras extraordinarias de un glóbulo rojo*”. (Fig. 4)

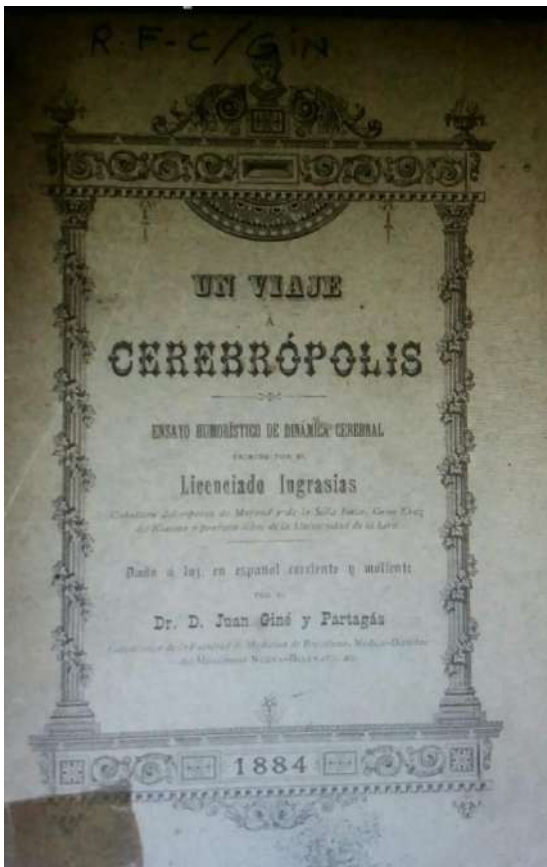


Fig. 3. Cerebrópolis

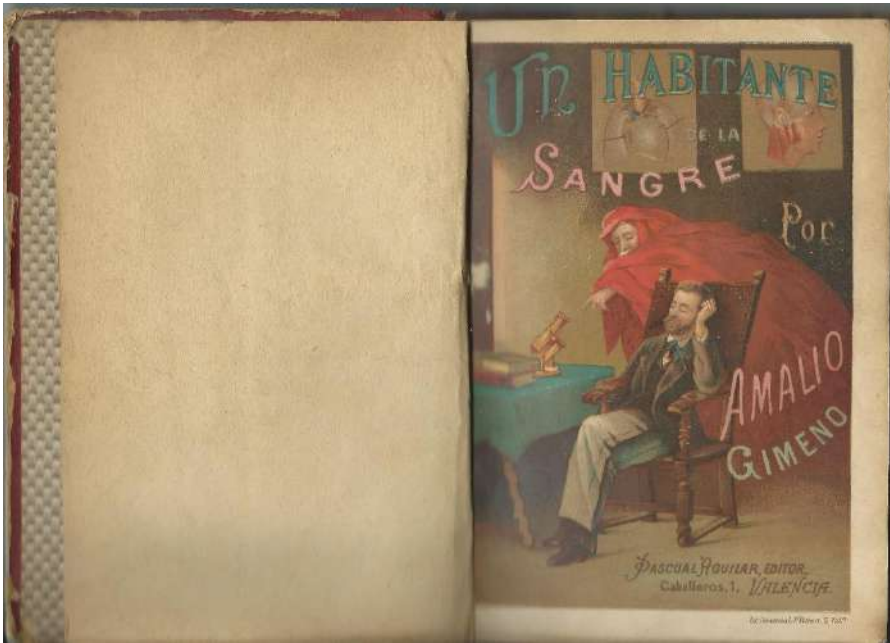


Fig. 4. Un habitante de la sangre

Este último, escrito por Amalio Gimeno tiene no pocas connotaciones con el viajero de Júpiter de Cajal; la duda que se puede plantear es si realmente Gimeno llegó a tener conocimiento del escrito cajaliano y viceversa, pues ambos vienen, prácticamente, a coincidir en el tiempo.

Nos refiere D. Santiago que el libro se perdió en sus viajes como médico militar; llegada la edad, hubo de incorporarse en 1873 por su reemplazo, al servicio de armas declarado obligatorio por el gobierno de Castelar, y nos dice él mismo que *“vime obligado a dormir en el cuartel, a comer rancho y hacer el ejercicio”*, en Zaragoza durante no mucho tiempo.

El 31 de agosto de ese mismo año, y aprobadas las oposiciones a médico militar y con el grado de Segundo Ayudante Médico, equivalente a Teniente, fue destinado al Regimiento de Infantería Burgos, que constaba de unos 1.400-1.600 hombres, destinado en plena segunda guerra carlista a la zona leridana, bajo el mando del Coronel Tomasseti; lo más plausible es que dicho manuscrito se extraviara en este periodo, del cual nos hace relación de las marchas recorridas, de Lérida a Balaguer y Tremp, de Lérida a Tárrega, de Tárrega a Cervera, de Cervera a Verdú e Igualada, de Tárrega a o de Borja y Vimbodí, etc.

A renglón seguido, en abril de 1874 se destinado a Cuba y ascendido a Primer Ayudante Médico, equivalente a Capitán (Fig. 5); llegado a la Habana el 17 de junio, su avatar cubano es suficientemente conocido; fue destinado a la enfermería de Vista Hermosa, distrito de Puerto Príncipe, a donde llegó tras breve viaje en barco hasta Nuevitas y desde allí en tren blindado a la capital de Camagüey, para incorporarse con una columna volante a su destino; allí contrajo el paludismo, cuya evolución clínica fue deteriorando su estado general, hasta el punto de solicitar un mes de licencia por enfermedad.

Vuelto a la capital de Camagüey mejoró y fue asignado al cuerpo de médicos de guardia del Hospital Militar de Puerto Príncipe; pero poco le duró la dicha, al ser enviado a otra enfermería aun peor que la anterior, la de San Isidro, de la cual salió, ya con la licencia absoluta por enfermedad el 15 de mayo de 1875; en puridad, tampoco se puede descartar que el manuscrito en cuestión se quedara en los maniguales cubanos al abandonar tan inhóspitos parajes en tan mala situación de salud.

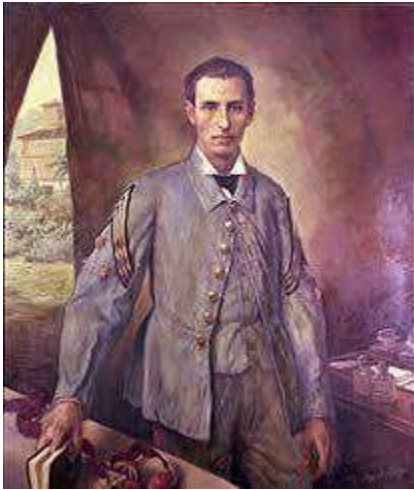


Fig 5. Capitan médico

Según Susana Collado, Amalio Gimeno publicó su “Un habitante de la sangre” por entregas en el semanario *El Genio Médico-Quirúrgico* en 1871; según Rubén Benítez, fue publicado por primera vez en dicha revista, pero en 1873, y como libro fue editado en 1881, afirmando “*esa edición es ya sumamente rara; el Museo Británico de Londres cuenta con el único ejemplar visto por mí en bibliotecas europeas*”. Según nuestras investigaciones, fue publicado en dicha revista de modo intermitente, entre el número 1013, de fecha 15 de septiembre de 1874, y el 1049, de 15 de junio de 1875 de dicho semanario. (Fig. 6)



Fig. 6. El Genio Médico-Quirúrgico  
Por tanto, es poco probable que el manuscrito fuera confeccionado en 1871 y retenido sin ver la luz hasta tres años más tarde, cuando ya Cajal daba por perdido el suyo; parece plausible que Gimeno escribiera sus aventuras eritrocitarias un tiempo más tarde que el viajero cajaliano llegara a Júpiter y se perdiera por tierras catalanas o cubanas.

Figura en la biblioteca personal del autor de este artículo, un ejemplar de dicho libro de Gimeno, en el que en una de las primeras páginas en blanco, consta la leyenda siguiente: “Este libro lo encontré entre otros objetos en el Campamento de Manjuán que tomamos a los insurrectos hoy cuatro de Febrero de 1896. En esta acción me mataron el caballo. Corral Falso, 4 de febrero 1896 (isla de Cuba). Antº. Ramón y Vargas”. (Fig. 7)

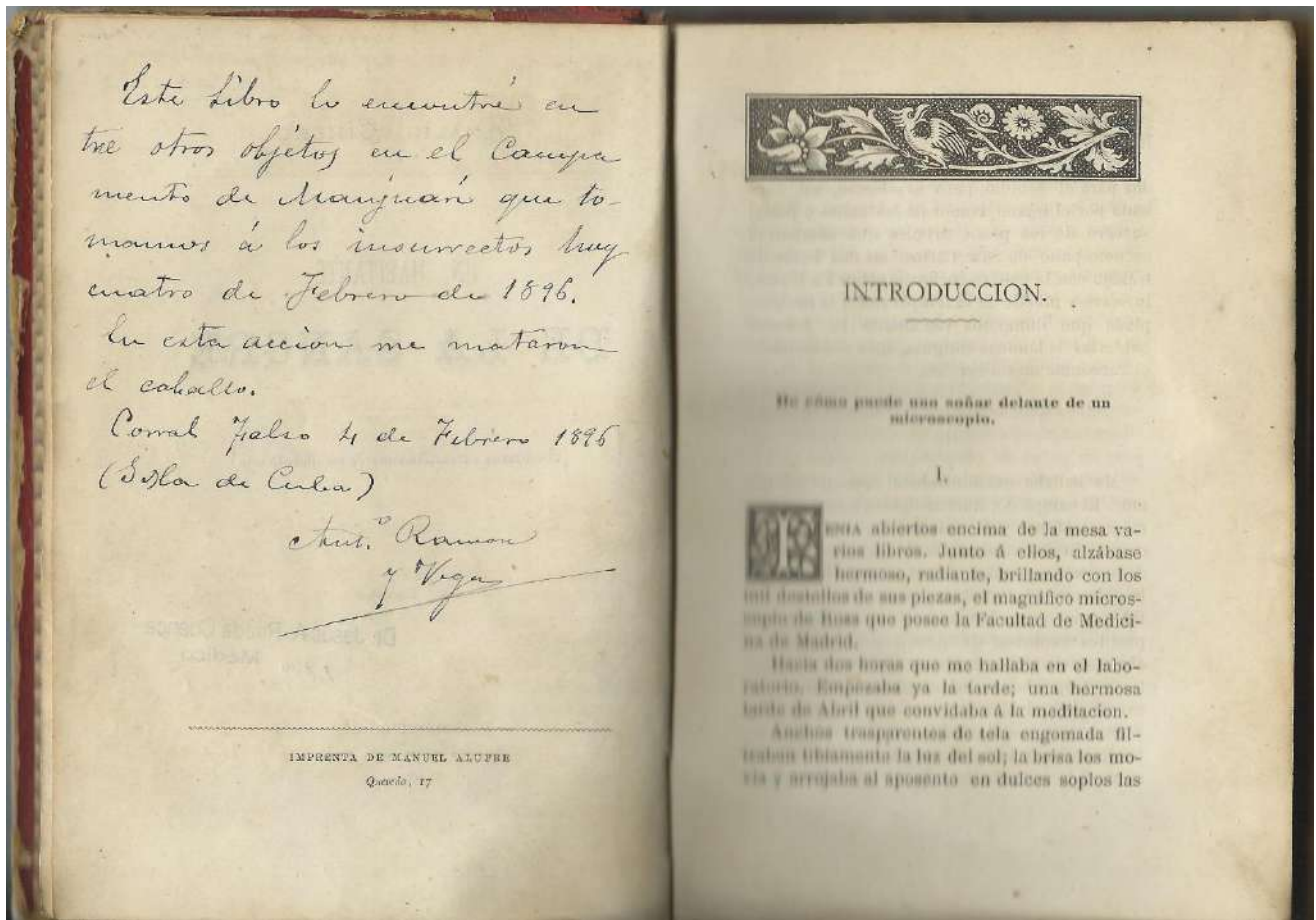


Fig. 7. Leyenda

## Referencias bibliográficas

- PICOCHÉ, Jean Louis.- ¿Qué es el Romanticismo? En: Enrique Gil y Carrasco y el Romanticismo. Actas del Congreso Internacional, El Bierzo. Valentín Carreras, Ed. 2015.
- MIGUEL PUEYO, Carlos.- La Ciencia en la literatura española decimonónica. UNED, Revista Signa, 23:67-90, 2014.
- BENITEZ, Rubén.- La novela científica en España: Ramón y Cajal y el conde de Gimeno. Revista de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, 6:25-39, 1979.
- TRESACO BELIO, María Pilar.- Jules Verne y la ciencia en la prensa española del siglo XIX. UNED, Revista Signa, 23:119-142, 2014.
- COLLADO-VAZQUEZ, S.; CARRILLO, J.M.- La literatura de ficción de Santiago Ramón y Cajal. Neurosciences and History, 7(3):113-121, 2019.
- INIESTA, Iván.- Neurología y Literatura, 2. Neurología, 29:242-248, 2014.
- MATA INDURAIN, Carlos.- "Distracciones literarias de un médico histólogo: los Cuentos de Vacaciones (1905) de Ramón y Cajal". Pregón, Revista Navarra de Cultura, 20:42-45, 2002.
- RAMON Y CAJAL, Santiago.- Mi infancia y juventud. Librería Beltrán, 1946.
- GINE Y PARTAGAS, J.- Un viaje a Cerebrópolis: ensayo humorístico de dinámica cerebral. Imprenta Sucesores N. Ramírez y Cía., 1884.
- GIMENO CABAÑAS, Amalio.- Un habitante de la sangre. Aventuras extraordinarias de un glóbulo rojo. Librería de Pascual Aguilar, 1881.

Estos cuatro pequeños poemas están escritos a la vez que tomaba apuntes a la acuarela en Venecia influida por la lectura de los diarios de Ramón Gaya en la ciudad de los canales , la Serenísima como el la llamaba.

No sé si es la pintura o la escritura lo primero que se me vino a la mente, porque como bien dice Gaya en una carta escrita desde Venecia a María Zambrano “*la ciudad produce una rara exaltación de serenidad, de estado completo*” y por lo tanto es muy difícil poder discernir el origen de la inspiración en Venecia, porque de nuevo según palabras de Gaya “*No es sólo su belleza lo que embruja, sino el ritmo de vida, el compás, la música veneciana*”

CUATRO APUNTES  
PICTÓRICO POÉTICOS  
VENECIANOS

Carmen Fernández Jacob

El desván de Esculapio.  
Revista de ASEMEYA

Vol. 1, Nº 2, 2021, págs. 24-  
28



## El Alba en Venecia



Al despertar y al abrir la ventana  
Son verdes y amarillos sobre el pequeño canal  
Ya en la calle, el azul inunda el silencio  
Solo se escuchan pasos solitarios por los puentes  
Y en la penumbra el murmullo del agua  
Que se mezcla con el olor a pan recién hecho  
Las estrechas y laberínticas calles terminan  
En el puente lleno de azul y algún rosa del alba  
La "Salute" pintada de blanco señala que comienza a clarear  
El agua es un espejo lleno de rosa y azul  
Inmóvil, plácida, límpida, calurosa ya  
Apoyada sobre la madera del puente  
De alguna manera siempre estaré allí  
Cada mañana azul, al alba.

Amanecer de mi último día en Venecia, julio 2015. Puente de la Academia

## Espejos venecianos



Espejos de agua que reflejan los pasos al caminar  
Espejos que miran hacia otra realidad  
Espejos que llevan hasta las manos cúpulas llenas de mosaicos dorados  
Espejos que se ondulan al andar  
Espejos que te mecen como las olas del mar  
Espejos mágicos donde poder perderse y olvidar  
Espejos que hacen pensar  
Espejos que incitan a soñar  
Espejos venecianos, con los que quizás se pueda ir más allá del mar.

Venecia, mayo 2019

## La laguna de Venecia de noche



Eres el mar, escondido detrás de una laguna  
En la oscuridad de la noche, cuando la ciudad duerme  
Se escucha el sonido de tus aguas, acunando palacios  
Tus sombras oscuras hacen salir de noche todos sus misterios...  
Basamentos, batallas perdidas y ganadas...  
Anillos ofrecidos al mar... tantas cosas  
Todo el misterio de esta ciudad está en el agua oscura de su laguna  
Que cuando cae la noche....  
Se convierte de nuevo en la dueña de todo

Venecia, 7 de marzo 2014

## Venecia , el mar



Eres el marmol caliente por el sol que acaricio con mis manos  
Eres el rumor continuo del agua del canal grande  
Eres el suelo liso y sin fracturas de tus palacios bajo mis pies  
Eres ese leve movimiento que inunda todo,  
Eres Venecia, llena de indolencia creadora  
mas bella aún porque todos sabemos que te irás  
Sumerguiendote en tu querido mar  
Y alli en las profundidades marinas, seguiras llena de sueños , de mosaicos de oro, y de  
tesoros escondidos detrás de tus espejos...

Venecia, Ca d´Oro. Mayo 2017

## UN NUEVO ESCRITO DEL DIOS JANO A LOS MEDICOS DE ASEMEYA

Alfonso Encinas

El desván de Esculapio.  
Revista de ASEMEYA

Vol. 1, Nº 1, 2021, págs.  
29-33

Fue en 1999, en una añorada para vosotros etapa prepandémica, cuando os escribí un mail y se me publicó en un libro vuestro con el título *Un mail de Jano para los médicos jóvenes (o, que se sientan jóvenes)*<sup>1</sup>. De forma breve en él os decía que el escribiros era “con el objetivo de reiniciar la publicación de la revista; o, al menos, con lo cual me daría más que satisfecho, no olvidarla”. Además os remitía un escrito que lo mandé como un fichero adjunto en formato “PDF”, que se llamaba “Lo que fue la revista Jano. Medicina y Humanidades” y, os decía, comenzará con una cita muy humana, para iros adaptando a mis divinas palabras.

Pero ni a los dioses nos respetan los virus, al menos los informáticos; de los otros sabemos defendernos y los tenemos a raya mediante divinos medios (y sin vacunas). Pues bien, ese fichero “PDF” se borró por culpa de algún malintencionado *hacker* y a mí se me pasó volver a mandarlo por tener en ese tiempo un ímprobo trabajo.

Pero hoy, cuando llegó la noticia a mi endiosado mundo que vuestra asociación inicia una publicación centrada en las HUMANIDADES (así, con mayúscula), y que honra a mi mejor amigo Esculapio ya desde su título, me he sentido mucho mejor - como diría un joven del momento he tenido “un subidón”- pues creo que en gran parte habéis retomado el espíritu de mi mail.

Por ello y tras consultar con el compañero Apolo, mucho más versado que yo en temas informáticos, os reenvió en formato “DOCX” ese escrito previo, a ver si esta vez no surgen nuevos virus que lo soslayan.

Finalizo con mis felicitaciones a todo el equipo de Asemeya que con su arrojo y decisión ha dado vida a la revista *El desván de Esculapio. Revista de ASEMEYA* y mis mejores deseos de una larga vida para ella.

## **Lo que fue la revista *Jano. Medicina y Humanidades***

*Bien nacido será el médico, en consecuencia, cuando conozca a quienes debe los saberes teóricos y prácticos con que gana su vida [...].*

*(Laín Entralgo, 1986<sup>2</sup>)*

Tras esta cita, que todo médico debería retener, te expondré las principales características que para mí tuvo esta publicación. Fue una revista completa por sus secciones y en ella destacaba el equilibrio existente entre los trabajos científico-médicos con los artículos y reportajes de humanidades. Fue la más leída según las encuestas de audiencia de todas las revistas médicas españolas; su precio en la década de los ochenta era de 4500 pesetas anuales, por 50 números (el sueldo de un médico interno era de unas 23000 pesetas al mes), y siempre estaba en el correo – en el de toda la vida, en el buzón de las casas- una vez a la semana.

Y ya en su primer número de octubre de 1971 comencé a darme la importancia debida (¡es verdad, no soy muy humilde!). En su portada aparezco con mi facies serena y característicamente bifronte, mirando el pasado y el futuro. Un colaborador literario de la revista, Pascual Maisterra, os escribió en un artículo que seguía a la editorial de este número y titulado “Las razones de un dios” el porqué de mi aparición en el título. Además de por la sencillez y gracia de mi nombre, os decía Maisterra las semejanzas que tenéis conmigo:

Era este Jano, pues, protector de las salidas y de los regresos, celador de los portales del templo y de las murallas y, por extensión, guía de los caminos por los que se va y se viene, se sale y se llega. Pensad ahora si todas estas significaciones no se aproximan en mucho al papel del médico en nuestra vida. Médico es quien nos da entrada a este valle que acaso no sea tan sólo de lágrimas; médico quien protege nuestra ruta vital; médico quien al cerrar nuestros ojos abre las puertas de la sala donde se celebran los juicios últimos e inapelables.

La revista Jano, sigo exponiendo sus características, se aprestó con rapidez a adoptar la interpretación de la medicina, no solo como ciencia biológica, sino también como “ciencia social” siguiendo las recomendaciones de la O.M.S. Cuatro fueron sus principales cualidades: el rigor, la independencia, la seriedad y, finalmente, la veracidad. Y siempre estuvo perfeccionándose, estando en constante evolución sus contenidos y su diseño gráfico. Al igual que me ocurre a mí, de mi revista se puede decir que “siempre estuvo viva”. En ella escribieron primerísimas firmas de la cultura iberoamericana, como Camilo José Cela, Jorge Luis Borges, Miguel Delibes, y así un largo etcétera.

Y desde su portada fue mi revista atrayente e instructiva, sumamente cautivadora. Como ejemplo de mi afirmación, pueden acudir a la hemeroteca y revisar el número 618 de marzo de 1985. Goya nos muestra en ella su cuadro titulado Goya y su médico Arrieta de 1820. En él se simboliza tanto la amistad existente entre ambos, como el agradecimiento del paciente Goya a su médico (Figura 1).

Todos los escritores de mi revista fueron importantes, pero si tuviera que elegir a uno que llevara el estandarte del espíritu de esta publicación, espigaría entre ellos al gran polígrafo Néstor Luján (1922-1995). Nacido en Mataró, hizo la licenciatura en Filosofía y Letras en 1943 y periodismo. Fue durante un tiempo director de las revistas *Destino* y de *Historia y Vida*. De él nos decía Cristino Álvarez en ABC que “era una auténtica enciclopedia viviente”. También lo describía como “un hombre de conversación encantadora” y que “no escribía sus obras. Las dictaba”. Según Cristino, Néstor definía la salud como “el silencio de los órganos”. Su sección titulada “En la cabecera de los protagonistas de la historia” fue emblemática en mi revista. Era ella el relato patobiográfico de un personaje célebre. De los cientos que trató, podemos destacar el de Napoleón, el príncipe de Viana, etc. Además de artículos varios, también colaboró en la sección de Gastronomía, digna de leerse con calma, bajo el seudónimo de Pickwick, haciendo honor a la obra de Dickens.

Citaré a partir de aquí a otros colaboradores de mi revista. Como Vds. comprenderán el citar a todos con sus secciones es imposible hasta para mí que soy un dios -se publicó la revista durante cuarenta años-. Por lo que desde aquí pido disculpas a los que no menciono. Están conmigo en mi corazón y...en mis dos cerebros.

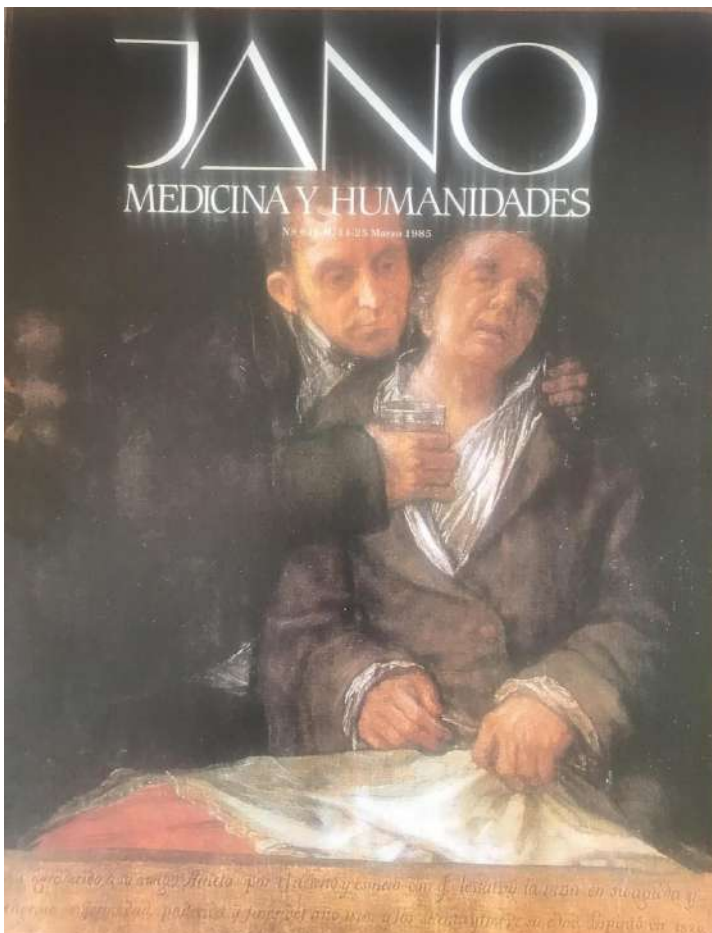


Fig. 1. Goya con su médico

El doctor D. Pedro Laín Entralgo tuvo dos secciones propias, su “Correo de Jano” y su “Tertulia Médica” donde escribió artículos plenos de pedagogía hacia los médicos. Entre ellos en su “Tertulia...” varios dedicados al lenguaje médico, siendo la conclusión de ellos un párrafo cargado de fina ironía y humor: “[...] procuremos los médicos que el engorde de nuestro lenguaje sea equiparable al que engendró la cadera de la Venus Calipigia, y no al que produce las posaderas de la Venus Hotentote”.

El filósofo Julián Marías, discípulo predilecto de D. José Ortega y Gasset, escribió no pocos artículos en su sección llamada “Trayectorias”, término que le encantaba pues definía con él las posibilidades que tiene el ser humano. Entre ellos os destacaré uno, titulado “Leer a Marañón” de 1985. Comentaba en él algo que sigue vigente, para vuestra desgracia: “[...] Temo que ha dejado de ser lectura habitual; hay, ciertamente, quien lo estudia; pero tengo la impresión de que no son muchos los que lo leen por placer, por curiosidad, por buscar en él enseñanzas en tan diversos campos” (Figura 2).

De gran belleza fueron los artículos que publicó el vallisoletano Dr. D. Leopoldo Cortejoso en su sección “Arte y Patología. Guía para un museo imaginario”. Uno de ellos de ejemplo, el titulado “Las herencias patológicas: el prognatismo” describía en él esta patología en la dinastía de Los Austrias.

Tuve mucho interés en divulgar las opiniones sanitarias de diversos personajes de la sociedad, cultura, deporte, etc. en la sección de entrevistas. Entre otros citaré la realizada al gran Miguel Gila. En ella con la galanura de su humor nos decía: “He pasado una sola vez por el quirófano por una diverticulosis. Por el nombre parece una enfermedad divertida...”. Por esta sección pasó también la genial escritora Rosa Montero; quien, entre otras, entrevistó a la poetisa Gloria Fuertes en 1974.



Fig. 2. Artículo de Julián Marías



Otras secciones que aquí os reseño también tuvieron muchos seguidores. Así la titulada “El médico, personaje de las letras españolas”, escrita por Fernando Díaz Plaja. En ella nos hizo un recorrido por la historia de la literatura española en el que era el médico su principal protagonista. Joaquín Calvo-Sotelo escribió dentro de una sección literaria denominada “Rueda de escritores” múltiples artículos sobre el refranero. Mucho me gustó uno titulado “El refranero en la O.N.U.” en el que reseñaba: “La palabra, el valor de la palabra... ¿Hay quien la menosprecie? El embajador de Bulgaria afirma y no exagera que: “Una lengua de plata abre una puerta de hierro”. La Dra. Merino Amador escribió la sección titulada “La vuelta al mundo en 80 enfermedades”, recorrido que nos llevaba desde el síndrome de Ulises en la *Odisea* a la ludopatía de Dostoyevski. Vuestro genial compañero, el Dr. D. Fernando A. Navarro en la sección “Parentescos sorprendentes” os hizo en un ejercicio de malabarismo etimológico un amplio recorrido por el “tesoro de las palabras”. Ejemplos de ello: calvicie y calavera; pirosis y piropo, etc. También os abrí el telón del cine con la sección “Médicos de Cine”, en la que escribía el periodista y escritor J.A. Rosell Pujol. Os cito aquí los artículos “Los médicos también lloran”, “Doctores en el Western”, etc. Finalmente, también escribió en mi revista el que fue un gran historiador de la ciencia y de la medicina, me refiero al Dr. D. José María López Piñero - con él y con los profesores Sánchez Granjel y Laín ¡vaya trío de historiadores de la medicina disfrutasteis los españoles!-. El profesor López Piñero escribió la sección “Orígenes históricos de la patología y de la clínica actuales” con varios artículos que fueron muy ensalzados por vosotros.

El humor gráfico nunca os faltó en mi revista. De los viñetistas destaco a Perich con su sección “Perichmicina”; posteriormente a Miguel Gila, con su “Gilamicina”; y, finalmente, al gran Forges.

Tras leerme, solo me queda deciros como despedida: Médicos humanos, ¿por qué me dejasteis?

Y, como buen dios que soy, y, poniéndome de frente por mi facies del futuro, os mando un fuerte abrazo a todos y mi deseo de que tengáis buena suerte en vuestra humana vida.

## **Bibliografía**

1. Alfonso Encinas. Un mail de Jano para los médicos jóvenes (o, que se sientan jóvenes). XVIII Reunión Nacional de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas. Madrid 2019. Comunicaciones. Grupo Editorial 33, S. L. págs. 33-36
2. Pedro Laín Entralgo. En Ciencia, Técnica y Medicina. Cap. XXII. Hacia el verdadero humanismo médico. Alianza Editorial. Madrid, 1986. Pág. 322.

¿Quién no recuerda la película “Pretty woman” (1990)? Aquella historia de amor en la que Edward Lewis, un acaudalado hombre de negocios, se acaba enamorando de una prostituta, Vivian Ward. Una ficción que mucho tiempo antes había sido llevada al terreno de la ópera por Giuseppe Verdi (1813-1901) con su famosa “Traviata”.

Esta ópera ha sido la más representada de toda la historia. En el primer acto se nos presenta a la protagonista, Violetta Valéry, una cortesana parisina muy famosa y deseada. Asiste como protagonista a una de las múltiples fiestas a las que la invitan en la capital francesa y allí Gastón, uno de sus admiradores, le presenta a Alfredo Germont, un joven de buena familia. Verdi celebra este encuentro con el famoso brindis “Libiamo ne’lieti calici” (“Movámonos en estas copas felices”).

Es precisamente en ese ambiente festivo donde Alfredo cae rendido ante la belleza de Violeta y, sin vacilar, sin perder un solo segundo, le declara su amor que, obviamente, es correspondido. Más adelante, Alfredo y Violetta se van a vivir juntos, cerca de París.

Aquello es algo totalmente inaceptable ya que proceden de dos mundos sociales diferentes. Y aquí es cuando interviene el padre de Alfredo, don Giorgio, que se entrevista con Violetta y le suplica que interrumpa la relación con su hijo, ya que ha situado a su familia en una situación muy incómoda.

Al principio Violetta se resiste, ama a Alfredo, pero acabará recapacitando y entendiendo que, en el fondo de la cuestión, es lo mejor para todos. Después de un apasionado enfrentamiento con Alfredo, se separan y ella regresa a París. Es el famoso fragmento del aria “Amami Alfredo”, tan magistralmente interpretado por María Callas.

En el tercer acto Violetta está gravemente enferma, aparece acostada en la cama. Es entonces cuando se entera que Giorgio confesó a su hijo el sacrificio que tuvo que asumir la meretriz para no dañar el buen nombre de la familia. Alfredo regresa a París, se reúne con ella para pedirle perdón, albergando la esperanza de que el amor vuelva a resurgir entre ambos.

## LA TUBERCULOSIS Y LA ÓPERA

Pedro Gargantilla

El desván de Esculapio.  
Revista de ASEMEYA

Vol. 1, Nº 1, 2021, págs.  
34-36

En aquellos momentos ha llegado el médico al domicilio de Violetta y mientras le toma el pulso le dice a la criada que *“la tisis no le dejará más que pocas horas de vida”*. Un diagnóstico que conocen muy bien todos los espectadores. Y en efecto, pocos minutos después Violetta se desmaya y muere en los brazos de Alfredo.

“La Traviata” se estrenó en 1853 en el teatro de la Fenice, en Venecia. Y a pesar de la fama que disfruta en la actualidad fue un rotundo fracaso. La razón era muy simple, estaba ambientada en un tiempo contemporáneo a la que fue escrita y algunos espectadores se veían representados en la trama. Fue tan dura la crítica social que Verdi no tuvo más remedio que, en las siguientes representaciones, ambientar el libreto en una época anterior.

Se podría decir que, de alguna forma, Hollywood plagió a Verdi, ya que el vocablo “traviata” significa extraviada, descarriada, perdida o sin rumbo, era lo que la estrecha moral de aquella época veía en Violetta. Algo que tiene un eco lejano en el propio título de la película (Pretty woman).

Violetta es una tuberculosa, está enferma de lo que por aquel entonces se conocía como “peste blanca”, una infección que, como bien sabemos, era epidémica en toda Europa. Eso sí, había una idea equivocada, se pensaba que era un padecimiento que podía crear estados de creatividad y que la palidez, así como el aspecto etéreo, de los enfermos rozaban la perfección y la belleza, que algunos consideraban sublime.

Cuando “La Traviata” se estrenó todavía no se conocía el agente causante de la enfermedad. Todavía faltaban casi treinta años para que Robert Koch (1843-1910), empleando un novedoso método de tinción, descubriera el *Mycobacterium tuberculosis*.

Antes de pasar a la siguiente ópera nos quedamos con una frase de “Pretty woman”, una de las que aparecen en la escena cuando van a la ópera y están esperando a que la función empiece. Richard Gere le dice a Julia Roberts:

*“La reacción de la gente la primera vez que ve una ópera es muy espectacular: o les encanta o les horroriza. Si les encanta para será para siempre, y si no, pueden aprender a apreciarla, pero jamás..... les llegará al corazón”*.

La segunda ópera que tiene a la tuberculosis como protagonista es “La Bohème” de Giacomo Puccini (1858-1924). En este caso huimos del lujo parisino y los protagonistas son unos jóvenes bohemios que viven en el Barrio Latino del París del siglo diecinueve. Sus nombres son Rodolfo y Mimí, un poeta y una costurera. Al igual que sucedía en “La Traviata” se enamoran, pero en esta ópera es la miseria, y no la distancia social, la que se interpone en su felicidad.

En la “Che gélida manina” Rodolfo toca la mano de Mimí y se da cuenta de lo fría que está. Y es que es ella, nuevamente, la que va a sufrir la enfermedad. Sin embargo, hay varios matices diferenciadores con Violetta. Por una parte “La Boheme” se estrena en 1896, ya hace tiempo que se conoce el germen responsable de la enfermedad, por otra, y esto es una consecuencia directa, la enfermedad ha perdido su halo de romanticismo y está encuadrada dentro de las clases sociales bajas, puesto que ya es conocida su naturaleza contagiosa.

Siguiendo el libreto, en el tercer acto Puccini proporciona al espectador todas las claves de la enfermedad, haciendo previsible el desenlace final: aparece Mimí tosiendo violentamente y Rodolfo está pensando dejarla porque teme que sufra una enfermedad mortal. De mutuo acuerdo Rodolfo y Mimí deciden posponer ese momento, retrasarlo hasta que llegue la estación de las flores.

En el cuarto acto Rodolfo y Mimí ya se han separado, pero la fortuna que es caprichosa quiere que se vuelvan a encontrar. Es por medio de una amiga de ambos que encuentra a Mimí consumida, demacrada, sola y con una palidez extenuante. Se la lleva a casa de Rodolfo y allí ambos recuerdan -en el famoso dúo “Sono andati”- lo felices que fueron en el pasado. Mientras tanto sus amigos han llamado al médico y han ido a comprar medicinas. Al regresar Mimí está postrada en la cama y muere.

En ese momento no era posible que la costurera pudiese curarse, todavía no había bacteriostáticos y la vacuna BCG tardaría veinticinco años en hacer su aparición (1921). El primer fármaco efectivo para el bacilo de Koch –la estreptomycinina- se incorporó a la farmacopea en plena segunda guerra mundial (1944).

“La Traviata” y “La Boheme”, Violetta y Mimí, dos óperas unidas por una misma enfermedad, la tuberculosis.

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Por Alberto Infante

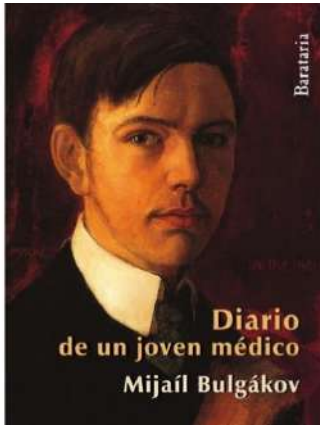


*“Ya somos el olvido que seremos / el polvo elemental que nos ignora”*. Así comienza el soneto atribuido a Jorge Luis Borges que el doctor Héctor Abad, padre del autor, llevaba en un bolsillo la tarde en que dos sicarios lo asesinaron en la calle Argentina de Medellín, Colombia. El doctor Abad, presidente del comité de derechos humanos de la ciudad, lo había leído en el semanal programa de radio que dirigía desde hacía tiempo. Junto al poema, su hijo encontró una lista con dos docenas de nombres amenazados de muerte, muchos de los cuales, entre ellos sus dos sucesores al frente del comité, fueron asesinados en los meses siguientes. Tras la muerte de su padre, el hijo del doctor Abad vivió varios años exilado en España e Italia. Regresó a Colombia convertido en escritor.

Autor de crónicas de viajes, libros de cocina, artículos periodísticos, novelas (alguna de marcado corte experimental como “Basura”) y otros textos de género incierto, Héctor Abad Faciolince, reconstruye en esta obra mucho más que la biografía de un médico eminente, un líder ciudadano, un activista dispuesto a hacerle frente a las injusticias: con una prosa cálida y emotiva, a través de la historia de su propia familia va componiendo el cuadro de una ciudad y de un país sacudidos por un siglo largo de confrontaciones sociales y guerras civiles, el desalentado retrato una sociedad incapaz de resolver sus viejas contradicciones mientras surgen otras nuevas que contempla, impotente, la paulatina degradación de sus condiciones de vida y de convivencia; un escenario donde la intransigencia de unos pocos y la codicia de unos cuantos más acabó minando las instituciones, desmoralizando a la mayoría, y desencadenando uno de los periodos más oscuros, sangrientos y duraderos de la reciente historia hispano-americana... que aún no ha concluido.

Libro tan hermoso, conmovedor y terrible como los personajes que en él aparecen, “El olvido que seremos”, a medio camino entre el alegato y la novela, entre el retrato íntimo y la crónica de sucesos, reivindica a un tiempo la buena literatura y el buen periodismo, y trata, con una ecuanimidad no exenta de pasión, de situar en sus justos términos, sin demagogias ni revanchismos, la dignidad de unos pocos, la complicidad de bastantes y la cobardía de muchos.

Léanlo, por favor. En gran medida, habla también de nosotros.



Hace no mucho, en una de las casetas de la cuesta de Moyano, me topé con “*Diario de un médico rural*” de Mijaíl Bulgákov. Mientras lo hojeaba traté de recordar lo que sabía de él: que era ruso, que había vivido en la primera mitad del siglo XX, que había ejercido la medicina antes de hacerse escritor, que había sido anti-bolchevique, que fue objeto de vigilancia policial, detenciones y censura en la época de Stalin, que pese a ello había conseguido (una verdadera rareza entonces) morir de muerte natural.

Recordé también haber leído años atrás “El Maestro y Margarita”, considerada su obra maestra, y haberme parecido “simplemente” buena. La solapa del “Diario...” informaba que Bulgákov, licenciado cum laude en la Universidad de Kiev y especializado en enfermedades infecciosas, “fue enviado a los desiertos helados de la Rusia rural que en 1916-1917 carecían aún de novedades como el automóvil, el teléfono o la electricidad”. También decía que la primera edición, publicada a mediados de los años 20, pasó prácticamente desapercibida pues su autor había caído en desgracia ante las autoridades.

Comencé a leerlo allí mismo, a pie de calle, y me quedé fascinado. No lo pude dejar hasta terminarlo al día siguiente. En sus páginas estaban Dostoyeski y Pilniak, Chejov y Kafka, Pasternak y Babel, situaciones brutales y personajes inverosímiles, los retratos crudos y duros a base de unos pocos trazos capaces de resumir lo esencial, y las reflexiones y torturas íntimas de quienes tratan no solo de sobrevivir sino también de explicarse tanta dureza, tanto atraso, tanta brutalidad como antídoto para no reproducirlas. Y un lirismo intenso, elegante, construido a base de síntesis y elipsis, y solo posible desde la comprensiva y compasiva mirada de quien considera a sus semejantes, incluidos los más salvajes y despreciables, como próximos y hermanos, la mirada irónica y tierna de alguien a quien “nada humano le es ajeno”.

Me gustaron los nueve relatos, pero sobre todo dos: “La ventisca” donde creí percibir ecos de “El médico rural” de Kafka; y “Morfina” (publicado en vida del autor de forma independiente), un despiadado retrato de la adicción al opiáceo que el propio autor padeció durante un par de años y que me hizo pensar por momentos en “Las Confesiones de un fumador de opio” de Thomas de Quincey.

Durante su vida Bulgákov fue sobre todo conocido por sus colaboraciones con el Teatro del Arte de Moscú que dirigía Konstantin Stanislavski. Crítico con el sistema soviético, incluso después de que sus escritos fueran prohibidos, estrenó una obra satírica en la que hace aparecer a Iván el Terrible en el Moscú de los años treinta. Sus obras más conocidas son “La guardia blanca” (1924), “Corazón de perro” (1925) y “El Maestro y margarita” (1928-1940) que hubo de reescribir enteramente de memoria tras haber quemado un primer manuscrito. Durante años circuló incompleta y en versiones mecanografiadas de mano en mano. Reconstruida por su última esposa fue publicada en 1966. Versiones posteriores han intentado “fijar”, de una vez por todas, el texto completo.

Mijail Bulgákov, autor también de novelas de ciencia ficción y de una famosa carta a Stalin en defensa de la libertad de expresión, nació en Kiev en 1891 y murió en Moscú en 1940.



## RECEPCIÓN DE ARTÍCULOS

“El desván de Esculapio. Revista de ASEMEYA” es la revista oficial de la Asociación de Médicos Escritores y Artistas. El comité editorial evaluará para su publicación trabajos médicos relacionados preferentemente con la Medicina y las humanidades, en cualquiera de sus ámbitos.

Se admitirán para evaluación trabajos en castellano y para el envío de originales se utilizará el siguiente correo electrónico: **revistadeasemeya@gmail.com**.

El comité editorial, eventualmente con la ayuda de revisores externos, evaluará los trabajos enviados decidiendo si procede su publicación, si es necesario realizar correcciones o si se desestima la publicación.

Los trabajos reunirán los requisitos de uniformidad habituales en revistas biomédicas, tendrán una extensión máxima de 4 páginas (Times New Roman, tamaño 12 interlineado simple). Las figuras o imágenes se enviarán en el mismo documento con una resolución de 300 ppp. El trabajo puede acompañarse de un máximo de diez referencias bibliográficas.